Acudió Flor de Lis, y se estremeció profundamente. Las letras colocadas sobre la estera formaban esta palabra:

FEBO.

—Esto ha escrito la cabra?—preguntó con voz alterada.

—Sí, madrina,—respondió Berenguela. Y en efecto, era imposible dudarlo; la niña no sabía escribir.

—Este es el secreto!—dijo para sí Flor de Lis.

Al grito de la niña acudieron todos, la madre, las señoritas, la gitana y el oficial.

Vió la gitana lo que acababa de hacer la cabra; púsose encendida, luego pálida, y empezó á temblar como una criminal delante del mancebo, que la miraba con una sonrisa de satisfacción y de asombro.

—«Febo!»—cuchicheaban las jóvenes estupefactas; —ese es el nombre del capitán!

—Tenéis una memoria prodigiosa!—dijo Flor de Lis á la gitana petrificada. Y luego prorrumpiendo en sollozos:—Oh!—exclamó dolorosamente cubriéndose el rostro con sus bellas manos,—es una hechicera!—Y en tanto oía una voz más amarga todavía, que repetía en el fondo de su corazón:—Es una rival!

Y cayó desmayada.

—Hija mía! hija mía!—exclamó la madre aterrada,—vete, gitana del infierno!!

Recogió la Esmeralda en un abrir y cerrar de ojos las malandantes letras, hizo señal á Djali y salió por una puerta, mientras sus amigas se llevaban por otra á Flor de Lis.

El capitán Febo, que quedó solo, vaciló un momento entre las dos puertas; luego siguió á la gitana.

II

Que un sacerdote y un filósofo son dos

El sacerdote que habían visto las cuatro hermosas amigas en lo alto de la torre septentrional, inclinado sobre la plaza y tan atento al baile de la gitana, era en efecto Claudio Frollo.

Nuestros lectores no habrán olvidado la misteriosa celda que se había reservado en aquella torre. (Ignoro, y sea dicho de paso, si era ó no la misma cuyo interior puede verse aun hoy por una ventanilla cuadrada, abierta al levante á la altura de un hombre, sobre la plataforma de donde se alzan las torres; un chiribitil, hoy desnudo, vacío y descascado, cuyas paredes mal enyesadas están «adornadas» aquí y allí, aun hoy día, con algunos malos grabados amarillos que representan fachadas de catedrales. Supongo que habitan aquel agujero juntamente murciélagos y arañas, y que en él por consiguiente se hace á las moscas una doble guerra de exterminio).

Todos los días, una hora antes de ponerse el sol, subía el arcediano la escalera de la torre, y se encerraba en aquella celda, donde pasaba á veces noches enteras. Aquel día, en el momento en que, después de haber llegado á la puerta baja del tugurio, metía en la cerradura la llavecita complicada que llevaba siempre consigo en la escarcela pendiente de su cintura, llegó á sus oídos un rumor de pandereta y castañuelas; aquel rumor venía de la plaza del Atrio. La celda, como ya hemos dicho, no tenía más que una ventana que caía sobre el tejado de la iglesia; guardóse Claudio Frollo la llave precipitadamente, y un momento después ya estaba en la cúspide de la torre, en la actitud medita-

bunda y sombría en que le habían visto las señoritas.

Allí estaba, grave, inmóvil, absorto en una mirada y en un pensamiento; todo París estaba bajo sus pies con las mil agujas de sus edificios y su horizonte circular de blandas colinas, con su río que serpea bajo sus puentes, y su pueblo que ondea en sus calles, con la nube de su humo, con la montuosa cadena de sus techos que ciñe á la catedral con sus multiplicados eslabones; pero en toda aquella ciudad no miraba el arcediano más que un punto del suelo, la plaza del Atrio; ni en toda aquella muchedumbre, más que una sola criatura, la gitana.

Difícil hubiera sido decir de qué naturaleza era aquella mirada y de dónde procedía la llama que de ella brotaba; era una mirada fija, y llena sin embargo de turbación y de tumulto. Y en la profunda inmovilidad de todo su cuerpo, apenas agitado por intervalos de un estremecimiento maquinal, como una hoja sacudida por el viento, en la tirantez de sus brazos, más de mármol que la baranda en que se apoyaban, en la sonrisa petrificada que contraía su rostro, parecía que Claudio Frollo no tenía de vivo más que los ojos.

La gitana bailaba; hacía girar su pandereta en la punta de su dedo, y la arrojaba al aire bailando zarabandas provenzales; ágil, ligera, festiva y sin sentir el peso de la terrible mirada que caía á plomo sobre su cabeza.

Hormigueaba el gentío en torno de ella: de vez en cuando, un hombre ataviado con una especie de casaca amarilla y colorada, ensanchaba el círculo, y luego volvía á sentarse en una silla á algunos pasos de la bailarina, y cogía entre sus rodillas la cabeza de la cabra. Aquel hombre parecía ser el compañero de la gitana; pero Claudio Frollo desde el punto elevado en que se hallaba, no podía distinguir sus facciones.

Desde el instante en que vió el arcediano á aquel

desconocido, pareció dividirse entre ambos su atención, y su rostro empezó de nuevo á anublarse más y más. Levantó la cabeza de repente y un estremecimiento universal corrió por todos sus miembros:—Quién puede ser ese hombre? dijo entre dientes: siempre la he visto sola!

Internóse entonces en la tortuosa bóveda de la escalera espiral y bajó por ella; pero al pasar por delante de la puerta del campanario, vió una cosa que le sorprendió sobremanera. Vió á Quasimodo que, asomado á una abertura de aquellos aleros de pizarra que parecen enormes celosías, fijaba también su vista en la plaza, y estaba absorto en una contemplación tan profunda que ni siquiera advirtió que pasaba su padre adoptivo. Su ojo salvaje tenía una expresión singular; su mirada era dulce y parecía como fascinada.—Cosa extraña!—murmuró Claudio.—Si estará mirando de ese modo á la gitana?—Y continuó bajando. Al cabo de algunos minutos salió á la plaza el receloso arcediano por la puerta que está al pie de la torre.

—Qué ha sido de la gitana?—dijo mezclándose en el grupo de espectadores atraídos por el son de la pandereta.

—No sé,—respondió uno de los circunstantes,—acaba de desaparecer, y si no me engaño habrá ido á bailar algún fandango á la casa de enfrente, de donde la han llamado.

En el lugar de la gitana, en aquel mismo tapiz cuyos arabescos desaparecían un momento antes bajo el caprichoso dibujo de sus danzares, sólo vió el arcediano al hombre de lo encarnado y amarillo que, para ganar también algunos testones, paseábase paralelamente á la circunferencia de los espectadores, los codos sobre los costados, la cabeza echada atrás, la cara purpurante, el pescuezo de media vara, y con una silla entre los dientes; sobre esta silla llevaba atado á un gato que le

prestara una vecina, y que renegaba y mayaba sumamente aterrado.

—Virgen María!—exclamó el arcediano en el momento en que el saltimbanquis, sudando á mares, pasó por delante de él con su pirámide de silla y de gato,—qué hace ahí maese Pedro Gringoire?

Tal conmoción causó al pobre diablo la voz severa del arcediano, que hubo de perder el equilibrio con todo su edificio, con lo que la silla y el gato cayeron de sopetón sobre la cabeza de los circunstantes, en medio de una inextinguible rechifla.

Es probable que maese Pedro Gringoire (porque él era en efecto) hubiera salido mal librado en sus cuentas con la vecina dueña del gato y con todas las caras contusas y arañadas que le rodeaban, si no se hubiera aprovechado con presteza del tumulto para refugiarse en la iglesia adonde le hizo Claudio Frollo señal de que le siguiera.

La catedral estaba ya obscura y desierta, las naves estaban llenas de tinieblas y las lámparas de las capillas empezaban á parecer estrellas sobre el fondo negro de las bóvedas. Sólo el gran rosetón de la fachada, cuyos mil colores estaban empapados en un rayo de sol horizontal, relucía en la sombra como una sarta de diamantes, y repercutía al otro extremo de la nave su espectro deslumbrador.

Luego que hubieron andado algunos pasos, apoyóse don Claudio en un pilar y miró á Gringoire de hito en hito; mas no era aquella mirada la que temía Gringoire, verdaderamente corrido de haber sido atrapado por un personaje grave y docto en aquel traje de titiritero. La mirada del sacerdote nada tenía de burlona ni de irónica; estaba serio, sereno y penetrante. El arcediano fué el primero que rompió el silencio.

—Venid acá, maese Pedro, que vais á explicarme muchas cosas. Y antes de pasar adelante, de dónde

viene que no se os ha visto hace ya cerca de dos meses y que os vemos ahora por esas calles, lindamente equipado por vida mía! la mitad colorado y la mitad amarillo como una manzana.

—Señor,—dijo Gringoire humildemente;—llevo en verdad una vestimenta prodigiosa, y aquí me veis todo mohino como un gato con una calabaza en la cabeza. Bien conozco que es cosa muy indigna exponer á los señores partesaneros de la ronda á apalear bajo esta casaca el húmero de un filósofo pitagórico. Pero qué queréis que os diga, mi reverendo maestro? La culpa es toda de mi antigua ropilla que me ha abandonado cobardemente al principio del invierno, so pretexto de que se caía á guiñapos y de que necesitaba ir á descansar en la cesta del trapero. *Quid faciendum?* Aun no ha llegado la civilización á punto de que se pueda ir en cuerecitos vivos, como quería el antiguo Diógenes; añádase á esto que soplaba un viento muy frío, y que no es el mes de enero el más idóneo para hacer dar este nuevo paso á la humanidad. Hase presentado esta casaca y echádola la garra, abandonando mi antigua ropilla negra que, para un hermético como yo, estaba muy poco herméticamente cerrada. Catadme pues en traje de histrión, como San Genest. Qué queréis, señor? es un eclipse: también Apolo pastoreó marranos en el país de Admeto.

—Digno oficio seguramente el que ejercéis!—repuso el arcediano.

—Convengo, señor maestro, en que más vale filosofar y poetizar, soplar la llama en el horno ó recibirla del cielo que llevar gatos sobre pavés; y por eso, cuando me apostrofasteis, quedé estupefacto cual otro asno delante de un asador. Pero, qué queréis señor? Preciso es vivir todos los días, y los mejores versos alejandrinos no valen tanto para comidos como un pedazo de queso de Brie. Yo hice para la señora Marga-

rita de Flandes aquel famoso epitalamio que sabéis, y la ciudad no me le quiere pagar, so pretexto de que no es excelente, como si se pudiera dar por cuatro escudos una tragedia de Sófocles. Iba, pues, á morirme de hambre; pero halléme por fortuna algo robusto por parte de las mandíbulas, y dije á estas mandíbulas:—Haced prodigios de fuerza y de equilibrio; mantente á tí misma. *Ale te ispam*. Una cáfila de bribones, que ya se han hecho grandes amigos míos, me han enseñado mil especies de habilidades hercúleas, y ahora doy todas las noches á mi dentadura el pan que ha ganado durante el día con el sudor de mi frente. Yo convengo, *concedo*, que es este un triste empleo de mis facultades intelectuales, y que el hombre no fué creado para tamborilear y morder sillas; pero, reverendo maestro, no basta pasar la vida, es preciso ganarla.

Don Claudio escuchaba en silencio; de repente tomaron sus ojos hundidos una expresión tan sagaz y penetrante, que Gringoire se sintió, por decirlo así, escudriñado hasta el fondo del alma por aquella mirada.

—Bien está, maese Pedro; pero en qué consiste que os hallo ahora en compañía de esa bailarina de Egito?

—En que es,—dijo Gringoire,—mi mujer y yo soy su marido.

Inflamáronse de súbito los tenebrosos ojos del sacerdote.

—Te habrás atrevido, miserable?...—exclamó asiendo con furor el brazo de Gringoire;—estás bastante abandonado de Dios para poner la mano en esa mujer!

—Por lo que me toca del paraíso, señor,—respondió Gringoire temblando como un azogado,—os juro que no la he tocado el pelo, si es eso lo que os inquieta.

—Pues qué estás hablando de marido y mujer?—dijo el eclesiástico.

Contóle entonces Gringoire lo más sucintamente que pudo todo lo que ya sabe el lector; su aventura en la Corte de los Milagros y su casamiento del cántaro roto. Pero es el caso que aquel matrimonio no había tenido aún resultado alguno, y que todas las noches le escamoteaba la gitana su noche de bodas como la primera vez.—Es un fastidio,—dijo al acabar su relación; —pero eso consiste en que he tenido la desgracia de casarme con una virgen.

—Qué queréis decir?—preguntó el arcediano que se había ido serenando por grados al oir aquellas palabras.

—Es algo difícil de explicar,—respondió el poeta: —todo ello no pasa de ser una superstición. Mi esposa es, según me ha dicho un viejarrón muy asqueroso á quien nosotros llamamos el duque de Egipto, una criatura hallada ó perdida, lo que viene á ser lo mismo; lleva en el cuello un amuleto, que según me han asegurado, la hará un día encontrar á sus padres, pero que perdería su virtud si la niña perdiese la suya; de donde resulta que uno y otro somos muy virtuosos.

—Luego,—repuso Claudio, cuya frente se iba despejando poco á poco,—creéis, maese Pedro, que esa criatura no ha sido tocada por hombre alguno?

—Y qué queréis, don Claudio, que haga el hombre cuando hay de por medio una superstición? Se la ha metido en la cabeza, y cierto que es cosa muy singular esa severa virtud que se conserva intacta en medio de aquellas hijas de Bohemia, tan fáciles de domesticar. Pero tiene para protegerse tres cosas; el duque de Egipto que la ha tomado bajo su salvaguardia, esperando sin duda venderla á algún abad ricacho y libertino; toda su tribu, que la profesa singular veneración como una Nuestra Señora; y un cierto puñalito muy mono que la picaruela lleva simpre metido no sé dón-

de, y que le sale á las manos apretándose la cintura. Es una avispa terrible, vive Dios!

Acosó el arcediano con sus preguntas á Gringoire.

Era la Esmeralda, en el concepto de Gringoire, una criatura inofensiva y primorosa; bonita, á excepción de cierto mohín que le era peculiar; una muchacha inocente y apasionada, ignorante de todo y entusiasta de todo, que no sabía ni aun en sueños, la diferencia que existe entre un hombre y una mujer; natural y sencilla; aficionada ante todas las cosas, al baile, al ruido, al aire libre; una especie de mujer-abeja, con alas invisibles en los pies y aclimatada en un perpetuo torbellino; seguramente debía esta naturaleza á la vida errante que había pasado. Logró Gringoire averiguar que, siendo niña, había recorrido la España y la Cataluña hasta la Sicilia; creía también que había sido llevada por la caravana de gitanos de que formaba parte, al reino de Argel, país situado en Acaya, que linda por un lado con la Albania menor y la Grecia, y por el otro con el mar de las dos Sicilias, que es el camino de Constantinopla. Los bohemios, decía Gringoire, eran vasallos del rey de Argel en su calidad de jefe de la nación de los moros blancos: indudable es que la Esmeralda había llegado á Francia por la Hungría, siendo muy niña. De todos estos países había traído la mozuela gran copia de palabras chapurradas, cantares é ideas extranjeras, que hacían de su lenguaje un cierto batiburrillo como el de su traje, medio parisiense, medio africano. La gente de los barrios que ella frecuentaba, la tenía mucho cariño por su alegría, por su hermosura, por su gentil donaire, por sus danzas y sus cantares. En toda la ciudad, no se creía aborrecida más que por dos personas, de quienes siempre hablaba con terror; por la reclusa de la Torre-Roland, que no sé por qué aborrece de muerte á las gitanas y la echa una maldición siempre que pasa por delante de su covacha; y por un sacerdote, que siempre que la encuentra la lanza miradas y palabras que la meten miedo. Mucho turbó esta última circunstancia al sacerdote, sin que hiciese alto Gringoire en aquella turbación, tanto había bastado el transcurso de dos meses para olvidar al filósofo poeta los singulares detalles de aquella noche en que encontró á la gitana, y la presencia del arcediano en todo aquello. Pero esto no obstante, nada temía la hermosa bailarina; y como no decía la buenaventura, estaba á cubierto de aquellos procesos de magia entablados tan frecuentemente contra las gitanas: además, Gringoire la servía de hermano, si bien no de marido; y es el caso que el digno poeta llevaba muy pacientemente aquella especie de matrimonio platónico, que le proporcionaba pan y techo.

Salía todas las mañanas de la corte de los Milagros, casi siempre con la gitana; ayudábala á hacer en las plazas y sitios públicos su cosecha de ochavos y de blancas, volvía todas las noches con ella bajo el mismo techado, dejábala encerrarse con cerrojo en su tugurio, y se dormía con el sueño del justo; existencia muy dulce al fin y al cabo, decía, y muy apta para la meditación. Y luego, en el fondo de su conciencia, no estaba muy seguro el poeta de estar locamente enamorado de la gitana; casi tanto como á ella amaba á la cabrita, que era un animalito amable, listo, inteligente, una cabra erudita. Nada más común en la edad media que estos animales doctos que causaban grande asombro, y que solían llevar nada menos que á la hoguera á sus instructores; pero las brujerías de la cabrita de las patas doradas no pasaban de ser unas inocentes travesurillas. Explicóselas Gringoire al arcediano, á quien parecían interesar vivamente aquellos detalles: bastaba casi siempre presentar la pandereta á la cabrita, pero de un modo particular, para

obtener de ella la momería que se deseaba. Habíala enseñado así la gitana, que tenía para estas habilidades un talento tan especial, que no había necesitado arriba de dos meses para enseñar á la cabra á escribir con letras sueltas la palabra *Febo*.

—Febo!—dijo el sacerdote;—y por qué Febo?

—Qué sé yo?—respondió Gringoire;—puede que sea alguna palabra que cree dotada de alguna virtud mágica y secreta. Muchas veces la repite á media voz cuando se cree sola.

—Estáis seguro,—repuso Claudio con su mirada penetrante,—de que eso es una palabra y no un nombre?

—Nombre de quién?—dijo el poeta.

—Qué sé yo?—dijo el sacerdote.

—He aquí lo que yo imagino, mi reverendo maestro. Esos gitanos tienen sus puntas de güebros y adoran al sol: de aquí, Febo.

—No me parece eso tan claro como á vos, maese Pedro.

—Al fin y al cabo, maldito lo que me importa: repita su Febo cuanto le dé la gana. Lo que es seguro es que Djali me quiere ya casi tanto como á ella.

—Quién es Djali?

—La cabrita.

Apoyóse el arcediano la barba sobre la mano y quedó meditabundo por un buen rato. De repente volvióse bruscamente hacia Gringoire.

—Con que me juras que no la has tocado?

—A quién?—dijo Gringoire,—á la cabra?

—No, á esa mujer.

—A mi mujer? os juro que no.

—Estás á menudo solo con ella?

—Todas las noches, una hora.

Don Claudio frunció la cejas.

—Oh! oh! *Solus cum sola non cojitabuntur orare Pater noster.*

—Por mi vida que pudiera rezar el Padre nuestro y el Ave María y el Creo en Dios Padre, sin que ella reparara en mí más que una gallina en una iglesia.

—Júrame por el vientre de tu madre,—repitió el arcediano con energía,—que no has tocado á esa criatura ni con la punta de un dedo.

—Y aun por la cabeza de mi padre pudiera jurarlo, porque las dos cosas tienen más de una relación entre sí. Pero, reverendo maestro, permitidme que yo también os haga una pregunta.

—Hablad.

—Qué os importa todo eso?

Encendióse el pálido rostro del arcediano como las mejillas de una virgen: quedó un momento sin responder y luego dijo con evidente embarazo:

—Escuchad, maese Pedro Gringoire: aun no estáis condenado... al menos que yo sepa. Me interesáis y deseo vuestro bien; habéis de saber que el menor contacto con esa gitana del demonio, os haría vasallo de Satanás. Bien sabéis que siempre es el cuerpo el que pierde al alma. Ay de tí si te llegas á esa mujer! Ya lo sabéis.

—Una vez lo intenté,—dijo Gringoire, rascándose la oreja,—y fué el primer día; pero me pinché...

—Habéis tenido esa desvergüenza, maese Pedro?—Y de nuevo se nubló la frente del sacerdote.

—Y luego otra vez!—continuó el poeta sonriendo, —miré por el agujero de la cerradura antes de acostarme y ví la más delicada hembra en camisa que hizo jamás rechinar las tarimas de una cama bajo su pie desnudo!

—Llévete el diablo!—exclamó el sacerdote con un acento terrible; y dando un fuerte empellón al atónito Gringoire, internóse á pasos agigantados en las más obscuras galerías de la catedral.

III

Las campanas

Los vecinos de Nuestra Señora habían creído advertir desde la mañana de la picota, que el entusiasmo campaneador de Quasimodo se había entibiado sobremanera. Antes, todo se volvía repiqueteos, largas alboradas que duraban de primas á completas, toques á vuelo por una misa mayor, ricos diapasones en las campanas menores por una boda, por un bautismo, entretegiéndose en el aire como una bordadura de mil brillantes sonidos: la antigua iglesia, tan brillante y sonora, estaba en una perpetua algazara de campanas: revelábase siempre en ella la presencia de un espíritu de bulla y de capricho que cantaba por todas aquellas bocas de cobre. Ahora parecía que aquel espíritu había desaparecido; la catedral se mostraba adusta y silenciosa; las fiestas y los entierros tenían su campaneo sencillo, pobre y seco, lo que exigía el ritual y nada más: del doble rumor que produce una iglesia, el órgano dentro, la campana fuera, no quedaba ya más que el órgano; parecía que había desaparecido el músico de los campanarios. Y sin embargo, allí estaba Quasimodo! Qué le había pasado? Duraban todavía acaso en el fondo de su alma la vergüenza y la desesperación de la picota? acaso repercutían sin fin en su alma los latigazos del atormentador, y la pena de tan crudo tratamiento lo había extinguido todo en él, hasta su pasión por las campanas? ó tal vez María tenía una rival en el corazón del campanero de Nuestra Señora, y la gran campana y sus catorce hermanas se veían abandonadas por algo más bello y más amable?

Sucedió que en el año de gracia 1482, cayó la Anunciación en un martes 25 de Marzo. Estaba aquel día la atmósfera tan pura y tan leve que Quasimodo sintió renacer en su alma el amor á sus campanas. Subió pues á la torre septentrional, mientras abría el bedel de par en par las puertas de la iglesia, que eran á la sazón dos enormes cuarterones de madera forrada de cuero, recamados de clavos de hierro dorados y llenos de esculturas «muy artificialmente elaboradas.»

Cuando llegó á la alta estancia de las campanas, consideró Quasimodo por un buen rato meneando la cabeza tristemente, como si se lamentara de que un cuerpo extraño se había interpuesto en su corazón entre ellas y él. Pero luego que las hubo hechado á vuelo, cuando sintió aquel manojo de campanas moverse bajo sus manos, cuando vió, porque no la oía, subir y bajar la octava palpitante sobre aquella escala sonora como un pájaro que revolotea de rama en rama, cuando el diablo-Músico, verdadero demonio que bambolea un manojo de *estrettas*, *trilos* y arpegios, se hubo apoderado del pobre sordo, entonces volvió éste á ser feliz, lo olvidó todo y el júbilo de su corazón se dilató á su rostro.

Iba y venía de una parte á otra, dando palmadas de alegría, corriendo de cuerda á cuerda, animando á los seis cantores con la voz y con el gesto como un director de orquesta que estimula á excelente músicos.

—Vuela,—decía,—vuela, Gabriela y derrama todo tu estruendo en la plaza, que hoy es día de fiesta.—Animo, Thibauld, y fuera pereza que te quedas atrás: ea, ea, te has enmohecido haragán?—Eso es, aprisa, aprisa! que no se vea el badajo.—Vuélvelos á todos sordos como á mí.—Bien, Thibauld, bien; bravo, bravo! Guillermo! Guillermo! tú eres el mayor, y Pasquier es el menor, y Pasquier va más aprisa que tú; Apuesto á que los que oyen le oyen á él mejor que á tí.—Bien, Gabriela, bien, fuerte! más fuerte!—Ola! qué hacéis

vosotros allí, Gorriones? no os veo meter el más pequeño ruido; qué quieren decir esos picos de cobre que parece que bostezan cuando debieran cantar?—Ea, ea, á trabajar! hoy es la Anunciación: hace un hermoso día, y es preciso que haya un buen repiqueteo. Pobre Guillermo! ya estáis cansado, barrigón!

Estaba ocupado exclusivamente en aguijonear sus seis esquilones que revoloteaban á cual mejor, y sacudían sus lustrosas grupas como un excelente tiro de mulas castellanas azuzado de continuo por los apóstrofes del zagal.

En esto, dejando caer su mirada por entre las anchas escamas de pizarra que cubren hasta una cierta altura la pared perpendicular del campanario, vió en la plaza una muchacha extrañamente ataviada que se detenía, desplegaba en el suelo un tapiz sobre el cual fué á sentarse una cabrita, y un grupo de espectadores que se formaba en círculo alrededor. Aquel espectáculo cambió de súbito el orden de sus ideas, y cuajó su entusiasmo musical como cuaja una bocanada de aire la resina en fusión: paróse, volvió la espalda á las campanas, y se acurrucó detrás del alero de pizarra, fijando en la bailarina aquella mirada meditabunda, tierna y melancólica que ya en otra ocasión había sorprendido al arcediano. Entonces las campanas olvidadas se apagaron bruscamente todas juntas á la par, con gran disgusto de los aficionados á repiqueteos, que de buena fe escuchaban aquella música aérea desde encima del Puente-au-Change, y se fueron entonces estupefactos como un perro á quien después de haberle enseñado un hueso, le dan un guijarro.

FIN DEL TOMO PRIMERO

ÍNDICE DEL TOMO PRIMERO

Capítulos — Págs.

LIBRO PRIMERO

PREFACIO. 1
I.—La Sala Grande. 7
II.—Pedro Gringoire. 26
III.—El señor Cardenal. 38
IV.—Maese Santiago Coppenole. 46
V.—Quasimodo. 57
VI.—La Esmeralda. 66

LIBRO SEGUNDO

I.—De Scila á Caribdis. 69
II.—La Gréve. 72
III.—Besos para golpes. 75
IV.—Los inconvenientes de callejear de noche tras una guapa chica. 87
V.—Continúan los inconvenientes. 92
VI.—El cántaro roto. 95
VII.—Una noche de bodas. 117

LIBRO TERCERO

I.—Nuestra Señora. 129
II.—París á vista de pájaro. 139

LIBRO CUARTO

I.—Las buenas almas. 170
II.—Claudio Frollo. 175
III.—Inmanis pecoris custus. 181
IV.—El perro y su amo. 189
V.—Continuación de Claudio Frollo. 191
VI.—Impopularidad. 199